

y conoce nuestras acciones y nuestras intenciones y que las juzgará como corresponde á la suprema justicia! ¡Qué cosa mas justa tambien que amar á la perfecta bondad y al origen de todo amor! La adoracion, es, desde luego, un sentimiento natural, la razon lo convierte en un deber.

La adoracion, contenida en el santuario del alma, es el culto interior, principio necesario de los cultos públicos.

El culto público no es ya una institucion arbitraria, es como la sociedad y el gobierno, la lengua y las artes. Todas estas cosas tienen sus raices en la naturaleza humana. La adoracion, abandonada á si misma, degeneraria forzosamente en un sueño ó en un éxtasis, ó se disiparia en el torrente de los negocios y de las necesidades de cada dia. Cuanto mas enérgica es, mas tiende á espresarse esteriormente, en actos que la realizan, tomando una forma sensible, precisa y regular, que por medio de un justo rodeo sobre el sentimiento que la produce, le reanima cuando languidece, le sostiene si le ve desfallecer, y le protege tambien contra las estravagancias de todo género, á las cuales podria dar lugar en imaginaciones débiles ó enfermizas. La filosofia establece, pues, los cimientos naturales del culto público, en el culto interior de la adoracion. Al llegar aquí, se detiene, igualmente atenta á no hacer traicion á sus derechos, y á no traspasar los limites por ellos demarcados, como en recorrer en toda su estension el imperio de la razon natural, y tambien en no usurpar un dominio que no le pertenece.

Pero la filosofia no cree arrebatar nada en esta parte á la teología, y su intento es permanecer fiel á

si misma, y proseguir su mas verdadera mision, cual es, amar y favorecer todo cuanto tiende á elevar al hombre. He aqui, pues, lo que se propone cuando aplaude con efusion el desarrollo del sentimiento religioso y cristiano, despues de los destrozos causados en todas partes por una falsa y triste filosofia. ¡Cuál no hubiera sido, en efecto, la alegria de un Sócrates y de un Platon si hubieran encontrado al género humano en los brazos del cristianismo! ¡Cuán feliz hubiera sido Platon, tan visiblemente embarazado entre sus bellas doctrinas y la religion de su tiempo, á la cual guarda tantas consideraciones aun en los lugares que de ella se separa y que se esfuerza en sacar el mejor partido posible con la ayuda de interpretaciones benéficas! ¡Cuán feliz no hubiera sido, repetimos, al hallarse con una religion que presenta al hombre como á su autor, y á la vez como su modelo, y con aquel sublime y dulce Crucificado, del cual tuvo un presentimiento extraordinario, y á quien describió en la persona del justo muriendo sobre la cruz; una religion que ha venido á anunciar, ó al menos á consagrar y esparcir la idea de la unidad de Dios y de la unidad de la raza humana; que proclama la igualdad de las almas ante la ley divina, que ha originado por medio de esto el sostenimiento de la igualdad civil, que prescribe la caridad todavia mas que la justicia, que enseña al hombre, que no vive solamente de pan, que no existe encerrada por completo en sus sentidos y en su cuerpo, que tiene un alma, un alma libre, cuyo valor infinito es mil veces mayor que el de los innumerables mundos sembrados en el espacio; una religion que nos enseña que la vida es una prueba, que su objeto verdadero no es el placer, la for-



tuna ni las consideraciones sociales, cosas que nos son con frecuencia mas perjudiciales que útiles, y que coloca siempre nuestro poder en todas las situaciones y en todas las condiciones, el mejoramiento del alma por si misma, en la santa esperanza de convertirse de dia en dia en mas digna de las miradas del padre de los hombres, de su ejemplo y sus promesas.

¡Ah! si el mas grande moralista que jamás ha habido hubiese podido ver estas enseñanzas admirables que ya estaban en germen en el fondo de su espíritu y de las cuales se puede encontrar mas de una huella en sus obras, si él las hubiese visto consagradas, mantenidas y sin cesar recordadas á la imaginacion y al corazon de los hombres por instituciones sublimes ¡cuál no hubiera sido su ternura, sentimiento y simpatía por semejante religion! Y si él hubiera alcanzado este siglo entregado á las revoluciones en el que las mejores almas llevan impreso desde muy temprano el sello del escepticismo, faltos de una fe como la de un Agustin, de un Anselmo, de un Tomás, de un Bosuet, hubiérase sentido animado por los sentimientos de un Montesquieu, de un Turgot, de un Franklin, y muy lejos de separar la religion cristiana de la buena filosofia, se hubiese esforzado en unirlas, en esclarecerlas y en fortificarlas la una con la otra. Aquel gran talento y aquel gran corazon que le dictaron el *Phedro*, el *Gorgias*, la *Republica*, le hubiesen enseñado tambien que tales libros solamente pueden ser comprendidos por los sábios, que era necesario al género humano una filosofia á la vez parecida y diferente, que esta filosofia debia ser una religion y que esta religion nece-

saria únicamente podia hallarse en la del Evangelio. No vacilemos pues en decir: sin la religion, la filosofia, reducida á lo que puede sacar laboriosamente de la razon natural perfeccionada, se dirige á un corto número y corre riesgo de permanecer ineficaz en las costumbres y en la vida. Sin la filosofia, la religion mas pura no puede hallarse al abrigo de muchas supersticiones y pueden escapársele los talentos escogidos que poco á poco arrastran á los otros como sucedió en el siglo XVIII. La alianza, pues, de la verdadera religion y de la verdadera filosofia es, á la vez que natural, necesaria, natural por el fondo comun de verdades que ambas reconocen, necesaria por el mejor servicio de la humanidad. La filosofia y la religion difieren sin contradecirse. Cuando San Agustin habla á todos los fieles en la iglesia de Hippona, no hay que buscar en él el profundo y sutil metafísico que combatió á los académicos con sus propias armas y que se apoyó en la teoria platoniana de las ideas para explicar la creacion. Bosuet, en el *tratado del conocimiento de Dios y de si mismo*, no es y es al mismo tiempo el autor de los *Sermones*, de las *Elevaciones* y del incomparable *Catecismo*. Separar la religion y la filosofia ha sido siempre la pretension de los talentos mezquinos, exclusivos y fanáticos.

El deber, mas imperioso hoy que nunca, de sea quien quiera, es de unir estas dos grandes potencias así como las fuerzas del espíritu y del alma en interés de una causa comun y del grande objeto que se proponen la religion cristiana y la filosofia cada una por las vias que le son propias, cual es la grandeza moral de la humanidad.